



# MARTA RIVERA *de la CRUZ*

*Nosotros,  
los de entonces*



Marta Rivera de la Cruz



Nosotros, los de entonces

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Marta Rivera de la Cruz, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: febrero de 2016  
Depósito legal: B. 568-2016  
ISBN: 978-84-08-15097-8  
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.  
Impresión: Liberdúplex  
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

## CAPÍTULO UNO

---

De: lamondagalerie@telecom.fr  
Para: ceciliar1970@gmail.com; decuadros1@hotmail.es;  
lolaFG@telefonica.net; robertopainter@telefonica.net  
Asunto: ¿Qué hay de nuevo, viejos?

Queridos, queridos, queridos:

Según mis cálculos, hace más de diez años que no nos reunimos. Sí, amigos míos: el tiempo pasa sin que nos demos cuenta. El caso es que os echo de menos. Ya veis, tengo un corazón y a veces duele. Bueno, mi corazón siempre está dolorido por una u otra causa, pero ese no es el tema, y además, tras hacer balance de lo que hasta ahora ha sido mi vida, creo que podría calificarla con un noventa y nueve sobre cien. Tal vez un noventa y ocho...

Volviendo al principio, no estoy dispuesto a dejar que transcurran otros diez años sin pasar unos días todos juntos, así que se me ha ocurrido una idea: demos una sorpresa a nuestra Valvanera (ya habréis visto que no la incluyo en el correo) y aparezcamos por sorpresa en su bonito hotel de la Provenza, que apuesto a que ninguno de vosotros conoce. Y antes de que nadie me acuse de ser dispendioso con el dinero de los demás, dejad que os anticipe que co-

rreré con todos los gastos. He cerrado dos operaciones increíbles en la galería (Robe, te morirás cuando te cuente los detalles) y puedo permitirme el capricho de invitar a mis viejos amigos a pasar tres días en el corazón de la bella Francia. Además, hay algo que quiero contaros, pero no diré nada hasta que lleguemos a la Provenza.

Lo he organizado todo (no quiero protestas, ya me conocéis). Estaremos en Les Liserons del 24 al 26 de julio. He reservado vuestros pasajes. Volaréis a Marsella y allí me reuniré con vosotros. Un coche nos llevará a Saint-Rémy, que está a poco más de una hora. He bloqueado todas las habitaciones del hotel de Valva y Étienne —por supuesto, con un nombre falso—, así que el pequeño paraíso de nuestra amiga estará a nuestra entera disposición. No os asustéis, es uno de esos diminutos alojamientos rurales con solo cinco o seis cuartos, pero ya lo sabríais si os hubieseis tomado la molestia de ir por allí en estos años. En fin, tendremos tiempo para los reproches, y también para emborracharnos (los tintos de Côtes du Rhône son excelentes), reírnos, cantar y comer cosas que naden en mantequilla hasta que alguien se ponga enfermo. Nada del otro mundo. Lo hemos hecho otras veces, aunque entonces bebíamos vinos baratos y éramos guapos y jóvenes. Ah, y aunque no quiero humillar a nadie, os anticipo que sigo siendo guapo. Joven no. El maldito Mefistófeles se echó atrás en el último momento porque, según él, mi alma no vale tanto.

Por favor, por favor, por favor, que nadie rechace mi invitación. Este es un viaje verdaderamente especial para mí. Os necesito más de lo que puedo admitir y llevo un tiempo echándoos desesperadamente de menos. Soy un sentimental, ya lo sabéis. Así que haced la maleta y preparaos para un viajecito a la nostalgia. En primera clase, eso sí.

P. D. Enviad al correo de la galería vuestros números de pasaporte para poder confirmar los billetes cuanto antes.

Os quiero, por si alguno no se había dado cuenta.

Jorge

—¿Y bien?

—Muy teatral —respondió Isabel—. En su estilo, por supuesto.

—¿Vamos a ir?

Mauro no apartaba la mirada del ordenador. Había leído el mensaje una docena de veces.

—No veo qué sentido tiene. Además, a mí ni siquiera me invita.

—No digas tonterías. Lo más probable es que no tenga tu dirección de *e-mail*, o que crea que esta cuenta es de los dos. —Se puso de pie para servirse otra taza de café—. ¿De verdad no te apetece? Tres días en la Provenza... no suena mal.

—Esa no es la cuestión. Es que no sé a qué viene todo esto ahora. Han pasado siglos desde la última vez. Cuando la gente lleva tanto tiempo sin verse es por algo. Si hace diez años que no os reunís, será que no tenéis mucho interés. Así que todo ese rollo de os necesito, cuánto os quiero y blablablá me da bastante grima.

Mauro se encogió de hombros. A Isabel nunca le habían gustado mucho sus amigos. El que se hubiesen distanciado con los años suponía para su mujer un verdadero alivio, y a veces se preguntaba hasta qué punto había tenido ella algo que ver en el progresivo enfriamiento de sus relaciones. Se consolaba diciendo que la mayor parte de las personas no se lleva especialmente bien con los

amigos de su pareja. Pero habría dado cualquier cosa a cambio de que Isabel hubiese congeniado con las que durante años habían sido las personas más importantes de su vida.

¿Cuándo se habían visto por última vez? Claro, en la boda romana de Valvanera y Étienne. Aquella boda divertida, espléndida, elegante. Recordó al marido de Valva. Era un tipo encantador que había encajado perfectamente con el resto del grupo. Todo lo contrario que Isabel, que parecía estar de más en todas las reuniones. ¿De quién era la culpa? Isabel, por supuesto, decía que de los demás. De las demás, para ser exactos. Cecilia, Lourdes y Valva la miraban por encima del hombro, aseguraba, y ella no tenía por qué aguantar su condescendencia y sus sonrisas despectivas. En realidad, y aunque sabía que no eran sus mayores admiradoras, Mauro jamás había sido testigo de ningún desplante de sus amigas hacia la que primero fue su novia y luego su mujer. Aunque nunca se lo dijo a Isabel, creía que el problema era suyo: arrastraba un complejo de inferioridad que cobraba nuevos bríos en presencia de aquellas tres chicas guapas, inteligentes y glamurosas. No era culpa de nadie que Isabel se considerase una mezcla de patito feo y cenicienta sin zapato de cristal, ni que sus tres compañeras de la universidad fuesen el tipo de chicas a las que todas quieren parecerse.

Cuando la presentó al grupo, en cuarto curso de carrera, Isabel iba ya amargamente predispuesta en contra de sus camaradas. Mauro creía que en parte era culpa suya, por haber hablado de ellos con tanto entusiasmo, por retratarlos como un ramillete de hermosos fenómenos desbordantes de brillantez natural, encanto e inge-

nio. Isabel, que había dejado los estudios en el segundo año de universidad y era bajita y con cierta tendencia al sobrepeso, empezó a temerse lo peor y tomó una decisión más bien mezquina: los ignoraría a todos desde el primer momento para no darles ocasión de hacerla de menos por sus algo excesivas redondeces, su mediocridad intelectual y su ausencia de objetivos vitales. Sí, eso haría. Y eso había estado haciendo los últimos veinticinco años, pensaba Mauro. Pero no solo con sus amigos, sino con todo el mundo, o al menos con todo aquel que consideraba ligeramente superior en: a) la escala social, b) la clase económica, c) cualquier canon estético. El problema no es que la gente se creyese mejor que Isabel. Es que ella se creía peor que todo el mundo, y se había armado con una discutible forma de defensa: se anticipaba a la antipatía siendo antipática, al desprecio siendo despectiva. Evidentemente, su estrategia era letal para las relaciones con terceros, pero al menos había conseguido un cierto equilibrio consigo misma.

Podría aventurarse que esa forma de comportamiento habría echado a perder una convivencia pacífica entre ella y Mauro, pero no era así, porque al no tener vida social tampoco había mucha ocasión de que Isabel desarrollase todo su potencial desagradable. Eran ellos dos, sus tres hijos, su tienda de manualidades —allí había conocido Mauro a Isabel cuando estudiaba Bellas Artes— y su piso dos veces hipotecado en un barrio de la periferia. No, no había grupos de amigos, ni reuniones informales, ni encuentros con otras parejas. Lo habían intentado en otro tiempo, pero Isabel siempre acababa encontrando una razón para sentirse incómoda, así que fueron reduciendo las salidas y al final se quedaron los dos solos.



Cuando los chicos dejaron de ser bebés empezó una etapa distinta, y es que entre los cinco construyeron su propio mundo, donde había conversaciones, intercambios más o menos interesantes, bandos enfrentados, pequeñas intrigas, enfados, reconciliaciones, pruebas de amor y de mala idea, incluso cotilleos inofensivos y algunos secretos. Sí, entre los cinco producían la suficiente cantidad de ocasiones para interactuar, de forma que no necesitaban nada fuera de aquella vida nuclear, hogareña, pacífica, donde cada cosa estaba en su sitio. Eran felices a su manera —como todo el mundo, se decía Mauro: la felicidad nunca es uniforme, y Dostoievski estaba completamente equivocado—, y él había dejado de echar de menos aquella sociedad de la que había formado parte en un tiempo distinto, tan lejano que ya dudaba que hubiese existido alguna vez.

—Fíjate en esto: «Correré con todos los gastos». —Isabel repasaba el correo una y otra vez como buscando entre líneas la más mínima posibilidad de indignación—. No pierde la costumbre de recordarnos que es rico.

—Yo creo que solo pretende ser amable.

—No lo sé, pero tiene que haber formas más sutiles de dejar claro que está en condiciones de invitar a todo el mundo.

—Bueno, Jorge no es sutil. —Se había bebido el café de un trago y ahora fregaba briosamente la taza antes de dejarla en su sitio—. Es muchas cosas buenas. Pero sutil no.

No lo necesita, pensó, y de pronto sintió unas ganas desesperadas de dar un abrazo a quien había sido uno de sus mejores amigos. Recordó a Jorge, y también recordó a Cecilia, y a Valva y a Lourdes. A Roberto lo veía de vez

en cuando: solía adquirir en la tienda todo el material de pintura que necesitaba, a pesar de lo lejos que estaba de su estudio. Él le agradecía que se tomase tantas molestias para hacerle ganar dinero —otro en su lugar compraría sus bártulos en Internet— y también aquellas visitas, aunque eran encuentros fugaces porque Robe siempre iba con prisa.

Era un pintor de éxito. Tenía galerista en tres ciudades y marchante propio en otras seis. Hubo un tiempo en el que a Mauro le costó digerir que Robe había triunfado y él no: se suponía que el talento para la pintura se repartía entre los dos de forma salomónica, o eso decía la gente hacía veinticinco años. Pero Robe exponía en Berlín y en Nueva York, y él tenía una tienda de tres al cuarto y llevaba siglos sin pintar porque no tenía tiempo, ni ganas, ni motivos. Un día se dijo que las cosas irían mejor si lograba asimilar que nunca viviría de su supuesto talento, así que libró una lucha encarnizada contra su propio orgullo y ganó la batalla, o eso quería pensar. Al menos ya había dejado de dolerle la certeza del fracaso. Robe estaba en su sitio, él en el suyo. Y el mundo, por fortuna, seguía girando en la misma dirección.

Alguna vez se había sorprendido a sí mismo repasando en qué medida se habían cumplido o no las expectativas de futuro de sus amigos, y en esas ocasiones sentía un difuso sentimiento de vergüenza, porque había algo miserable en hallar consuelo pensando en que no era el único que había visto desplomarse el castillo de naipes que uno construye en la juventud. Cecilia se había convertido en ilustradora de libros infantiles, lo que quedaba bastante lejos de su sueño de ser una artista en sentido estricto. Lourdes era empresaria, aunque lo que de

verdad había querido era dedicarse al diseño de moda y su negocio actual no tenía nada que ver con eso. En cualquier caso, era rica y salía de vez en cuando en las páginas salmón de los diarios, así que nadie consideraría que su destino se había torcido. En cuanto a Jorge, no había nada que decir: hijo de un millonario y una reputada crítica de arte, su futuro estaba escrito con letras doradas, de forma que él solo había tenido que ir adaptándose a los vaivenes de la suerte. Cuando se dio cuenta de que nunca iba a vivir de los mediocres cuadros que pintaba, fundó su propia galería. Ahora tenía una sala de exposiciones en París y se daba la gran vida, que era lo que había estado haciendo desde que tuvo uso de razón.

¿Y Valva? Había despuntado como escultora siendo muy joven y quería dedicarse a la enseñanza, pero lo dejó todo tras casarse con Étienne para ayudarlo en su proyecto de hotel rural en un pueblecito francés. De cualquier forma, Mauro pensaba que las renunciaciones por amor no pueden colocarse en la lista de los patinazos. Son, simplemente, un motivo para cambiar de vida, y no siempre a peor. Valva había seguido media docena de cursos de cocina hasta convertirse en una chef consumada, tanto que eran muchos los turistas que acudían a su hotelito atraídos por aquella carta de especialidades de fusión donde los platos de influencia española ganaban por goleada a las recetas provenzales. Sus postres tenían varios premios, y tres años atrás le había sido concedida a su restaurante una estrella Michelin.

Robe había sido lanzado al estrellato por un conocido de la madre de Jorge, un pintor chiflado y exitoso que estaba buscando a alguien con quien compartir estudio justo cuando estaban a punto de acabar la carrera. Por

alguna razón, se lo propuso a Roberto. Era una ocasión de oro. Por allí desfilaban a diario críticos de arte, marchantes, coleccionistas adinerados que no tenían problema en invertir una cantidad para ellos ridícula en la obra de un joven artista emergente. Robe colocó algunos cuadros en colecciones privadas, y luego llegaron las oportunidades para exponer. El pintor chiflado se convirtió en su mentor, y aunque, como suele pasar, acabaron como el rosario de la aurora, las buenas relaciones duraron lo bastante como para que Robe se labrase su propio nombre. De los seis, él era el único que había conseguido hacer lo que de verdad anhelaba cuando empezaron los estudios en la facultad de Bellas Artes.

Entonces soñaban con el futuro, sobre todo los domingos por la tarde, cuando intentaban superar la resaca del fin de semana bebiendo cervezas de importación en el piso de Jorge, un apartamento en Conde Duque que su padre pagaba puntualmente junto con el resto de las facturas. El apartamento era grande y luminoso, y estaba atiborrado de cosas bonitas sacadas de los exquisitos descartes que la madre de Jorge hacía periódicamente en la casa familiar cuando algún impulso creativo la impelía a cambiar la decoración: «Es más fuerte que yo, querido, ya lo sabes», le decía a su hijo mientras le entregaba tallas africanas, tapices hechos en la India o lámparas japonesas. Jorge sacaba partido a todo, porque su propio instinto lo guiaba en la tarea de encontrar un mejor destino a aquellas piezas que, de no quererlas él, podrían haber acabado en un contenedor de basura. Su piso de estudiante parecía más bien la guarida de un anciano rico y con buen gusto, y en él encontraban refugio sus cinco amigos, que escapaban de sus propios

cuchitriles de universitarios sin recursos, de las habitaciones impersonales de una residencia, el estudio destartado en un barrio populoso o la casa familiar estrecha y modesta. La buhardilla de Jorge era su refugio y su puerto franco, y en él encontraban no solo bebidas de calidad y conservas caras, sino también todo lo que necesitaban para estimular su necesidad de belleza: había cuadros hermosos en las paredes, muebles inútiles en todos los cuartos, pesadas cortinas de terciopelo, libros de arte de precio inalcanzable para hojear perezosamente. El suelo, de madera, estaba cubierto de alfombras en las que se tumbaban con desgana despreciando los mullidos sillones, porque eso era lo que se esperaba de ellos: eran artistas, y los artistas no ceden a la tentación de aburguesarse en un sofá. Así que se quedaban allí, tendidos o con las piernas a la turca, y hacían planes en los que estaban siempre juntos, los seis. Abrirían un estudio y trabajarían codo con codo. Se mudarían a París para moverse por Europa siguiendo la preciosa estela de bienales, exposiciones y ferias de arte. Se ayudarían unos a otros. Formarían un temible grupo de presión al que nadie osaría enfrentarse. Subyugarían al mundo con su talento. Las revistas hablarían de ellos. Serían portada del *Newsweek* y los invitarían a las mejores inauguraciones, a los festivales de cine y..., y a la semana de la alta costura (cuando llegaban a ese punto estaban ya completamente borrachos y un poco colocados también). Sonrió al recordarlo, y una ola de nostalgia lo golpeó en el centro del pecho. Sería maravilloso volver a verlos, ponerse al día, compartir recuerdos y novedades... Un amable chapuzón de melancolía, un baño de afecto retrospectivo. Sus amigos, y todo el catálogo del

pasado listo para examinar en un hotel de lujo del sur de Francia. Después de todo, ¿por qué no?

—Isabel, ¿de verdad no te apetece pasar tres días en Saint... como se llame? Siempre hemos querido ir a la Provenza.

Siempre habían querido ir a todas partes, pensó para sí. Pero no habían podido. Primero el embarazo y la boda exprés. Luego, cuando murió el padre de Isabel, tuvieron que comprar a los hermanos de ella su parte del negocio y hubo que empeñarse hasta las cejas. Y además, con tres chicos en casa, siempre había algo que obligaba a postergar el gasto extraordinario de los viajes de placer. No, no habían salido mucho. Una semana en la playa era lo máximo que podían permitirse.

Mauro sonreía al pensar que él y su mujer eran el perfecto exponente de la clase media. Tenían cuarenta y cinco años, dos hipotecas, muchas deudas, un negocio que se sostenía en vilo y, a pesar de todo, cierta fe en el futuro. Sus hijos no les habían dado problemas (cruzó los dedos por puro instinto). Tomás acababa de cumplir los quince y aún no podía intuir el tipo de persona en la que iba a convertirse, pero Isa y Esteban eran la clase de descendencia con la que uno sueña: buenos, inteligentes, capaces y con un sentido estricto de la justicia que los llevaba a organizarse para trabajar por horas en la tienda, evitando que sus padres tuviesen que contratar a un dependiente.

Sus hijos. Un sólido motivo de orgullo y de alegría. Y también, por supuesto, de preocupación y de incertidumbre. El motor de las cosas... y los responsables de lo que habían construido. Sobre todo Esteban, el mayor. Hubo un tiempo en el que se recordaba media docena de veces al día que no habría seguido con Isabel de no

haberse quedado embarazada. Ahora ni siquiera recordaba haber hecho aquella reflexión: lo que habían levantado era demasiado firme, demasiado importante. Ojalá lo hubiese sabido cuando, sin haber cumplido los veinticuatro años, Isabel le anunció que estaba esperando un bebé. Hasta entonces ni siquiera se había parado a pensar en el futuro con ella: era una joven tímida a la que encontraba tras el mostrador de la tienda de pintura y a la que había invitado a salir por una mezcla de simpatía, compasión y curiosidad. Isabel no tenía nada que ver con las chicas que frecuentaba, la mayoría de ellas universitarias que vivían a la espera del futuro esplendoroso que algún dios les tenía reservado. Aquellas artistas en ciernes andaban por los pasillos de la facultad de Bellas Artes con el cabello recogido en moños deliberadamente desmañados y sujetos con pinceles, los vaqueros salpicados de manchas de acuarela y blusas con estampados imposibles. Isabel llevaba vestidos anticuados, faldas más largas de la cuenta que ocultaban unas piernas que empezaban a ser rollizas, el pelo corto a la altura de las mejillas —tenía un pelo precioso, aunque nadie se lo había dicho— y jerséis de cuello en pico que evidenciaban su generosa talla de sujetador y que cambiaba en verano por aburridas camisetas blancas o rojas. Pero le gustaba. A pesar de su simpleza, a pesar de su aire pasado de moda, a pesar de su falta de ingenio y de sus vestidos llenos de botones. Fue Lourdes, con su lengua afilada y aquella proverbial falta de tacto, quien se lo dijo:

—Creo que estás enamorado.

—¿Por qué?

—Porque llevas dos meses saliendo con ella y no hay otra explicación.

Habría debido ofenderse. Aquel comentario era un insulto en toda regla. Sin embargo, no parecía que la intención de Lou fuese molestarlo. Ella era así: directa, lineal hasta la impertinencia. Pero se equivocaba. Lo que Mauro sentía por Isabel no era amor. Él era un artista, y no podía enamorarse de la chica corriente y moliente que ayudaba a su padre a vender tarros de témpera y resmas de papel Guarro. Además, tampoco era el momento de entregar el corazón para siempre. Se encontraba en el último curso de la universidad y hasta entonces su vida sentimental era —como la de sus compañeros— un amable revoltijo de citas más o menos trascendentes, flechazos pasajeros y sensatos escarceos sexuales: estaban en los primeros noventa, empezaban a saber demasiado sobre el sida y no había nadie con dos dedos de frente que saliese un sábado por la noche sin los preservativos en el bolsillo. Por eso se pregunt  mil veces cómo podía haber ocurrido aquel desastre que, veintidós años después, tenía que reconocer como lo mejor que le había pasado en toda su vida. Aunque también había significado unirse para siempre a una mujer que estaba destinada a convertirse en una historia para recordar, una historia importante, por supuesto, pero sobre la que se pasa página con más o menos dolor, por propia voluntad o por expreso deseo de la otra parte. Y s , aquella noche en que llevó a Isabel a conocer a sus amigos lo último que pens  es que acabaría casado con ella, siendo padre de sus tres hijos y regentando la tienda de pinturas en la que se habían conocido, con su olor picante a aguarrás y madera vieja.

—No digo que no me apetezca ir a Francia, pero es que es imposible. —Isabel había cerrado el portátil con



un gesto seco, como si aquello bastase para borrar el *e-mail* no solo de la bandeja de entrada, sino también de la memoria de su marido—. ¿Quién abriría la tienda?

—El 25 es festivo...

—¿Y el sábado por la mañana?

Mauro suspiró. Habría querido decirle a Isabel: «Querida mía, ¿de verdad crees que perderíamos mucha parroquia por cerrar la tienda un maldito sábado del mes de julio en pleno puente?». ¿Qué iban a vender si abrían? ¿Dos pinceles y una caja de acuarelas?

—Los chicos pueden encargarse. Al fin y al cabo, serían solo unas horas...

Ella no dijo nada. Tamborileó los dedos sobre la tapa del ordenador y torció un poco la boca. A Mauro no le gustaba aquel gesto de Isabel: la hacía parecer mayor. El gran atractivo de su mujer era su aspecto levemente añado: los ojos pequeños y traviosos, la nariz respingona, una piel sonrosada. Pero cuando curvaba así la comisura de sus labios parecía echarse diez años encima.

—Es que... No sé, se me hace cuesta arriba volver a ver a tus amigos. No tenemos nada que ver con ellos...

Mauro se dijo que, en beneficio de la paz del hogar, no debía contestar. Era volver a entrar en un callejón sin salida en el que ya habían estado y del que ambos salían magullados y tristes. Otra vez defender a su grupo de las extemporáneas acusaciones de Isabel, otra vez ser testigo de todo el potencial neurótico de la mujer a la que amaba... No, no merecía la pena. Ella era como era, y tendría que nacer de nuevo para cambiar. Durante aquellos años había aprendido a amarla así. A amarla incluso así, porque había otras cosas que ayudaban a olvidar sus inseguridades y su egoísmo. Isabel se acercó y le dio un abrazo.

—Lo siento...

—Ya...

Pero ella no le dijo: «¿Por qué no vas tú?». Es lo que él habría hecho si la situación fuera a la inversa: animar a Isabel a salir en busca de sus camaradas. El sábado habría levantado solo la persiana de la tienda, silbando una canción desafinada e intentando imaginar el paisaje provenzal a partir de las películas que había visto, los libros que había leído y los tópicos que había manejado, celebrando que ella estuviese disfrutando de la excursión. Y, sin embargo, Isabel ni siquiera contemplaba la posibilidad de sugerirle que emprendiese solo el viaje con el que soñaba. Un viaje que podrían disfrutar los dos si no fuera porque su mujer tenía la cabeza llena de ideas peregrinas.

De: lolaFG@telefonica.net

Para: lamondagalerie@telecom.fr

Asunto: Síiiiiiiiiiiii!!!!

Jorge!!! Qué bien que hayas escrito!!! Obviamente, cuenta conmigo. Tengo tantas ganas de verte... Bueno, a ti y a los otros. Con Ceci coincidí hace poco cuando fui a Madrid. Está como siempre. Bueno, ha engordado un poco, pero solo eso. Le he insistido en que tenía que venir a verme a Barcelona, pero supongo que ahora, con el niño, es todo más difícil. Por cierto, deberías ver cómo están las mías: guapas hasta decir basta, bastante más que yo a su edad. Sara acaba de cumplir los catorce y me está regalando todos los tópicos de la adolescencia, pero quiero creer que se le pasará. En cuanto a Nieve, ya tiene dieciséis y su único

problema es que gracias a su padre se llama igual que un personaje de *Juego de tronos*, lo cual le complica un poco la vida en el instituto. Por lo demás, son buenas chicas. Estoy muy orgullosa de ellas, tanto que resulto insoportable. Te llevaré fotos a la Provenza y verás que no pueden ser más bonitas. Deberías venir a verlas. Cualquiera diría que vives en las Antípodas..., vale, vale, ya me callo. Como tú dices, tendremos tiempo para tirarnos de las orejas.

El trabajo marcha bien. La verdad es que he pasado esta crisis casi sin enterarme, aunque no lo quiero decir muy alto, por si las moscas. Y, anticipándome a tu pregunta, no, no hay nadie en mi vida. El empresario inglés pasó a la historia —era un poco raro, tú tenías razón— y lo del profesor de la universidad salió mal casi desde el principio. Pero me encuentro perfectamente. Creo que mejor que nunca. Estoy pasando una etapa de tranquilidad absoluta. Tengo dos hijas increíbles, cierto éxito profesional (tampoco mucho, no vayamos a ponernos estupendos) y bastante dinero. Por lo demás, me han salido las arrugas justas (¿y a quién no a los cuarenta y tantos?) y uso una talla 40, lo cual tiene su mérito porque no soy capaz de seguir ninguna dieta seria más de quince días seguidos. Eso sí, bebo dos litros diarios de agua, procuro cenar cosas hervidas y voy al gimnasio tres veces por semana, aunque odio hacer ejercicio. Ahora me he apuntado a una cosa de electrodos. Me ponen un chaleco y me dan corrientes, y se supone que en unos meses tendré el culo como una piedra. Pero ya hablaremos de todo en Saint-Rémy. Tengo muchísimas ganas de conocer el hotel de Valvanera. Debería haber ido antes, no tengo perdón... Y también debería haber ido a verte a ti. París no está tan lejos. Pero, ahora que caigo, tampoco lo está Barcelona, y tú no vienes nunca. Así que cada cual tiene lo suyo.

¡Ay, no puedo creer que hayas organizado esto, eres maravilloso! ¿Te han contestado los demás? Espero que vengan todos. Sí, incluso el gilipollas de mi exmarido. Y no te preocupes por las posibles hostilidades: simplemente no existen. Las dos niñas nos han obligado a llevarnos civilizadamente, lo cual es un alivio. No sé si soportaría ser una de esas mujeres que odian a muerte al padre de sus hijos. Estamos preparados para pasar un fin de semana juntos..., aunque, por supuesto, no revueltos. Lo digo por si estabas pensando en la posibilidad de orquestar una reconciliación. Te creo muy capaz, así que ni lo intentes. Lo nuestro se acabó para siempre jamás. Y, por si te lo estás preguntando, lo he superado completamente. No sé quién fue el primer listo en decir que el tiempo lo cura todo, pero tenía toda la razón.

Te abrazo mil veces. En un archivo adjunto encontrarás una fotocopia de mi DNI para que confirmes el vuelo. ¡Qué bien lo vamos a pasar! Y, que conste, yo también te quiero y también te echo de menos. Muchísimo.

Lourdes

—Bueno, ¿qué vas a hacer?

Lidia volvió a fijar la vista en la pantalla del portátil mientras su hermana Cecilia paseaba fieramente por la habitación como si alguien la obligase a permanecer allí y estuviese buscando una forma de escapar. Echó un vistazo distraído a su alrededor. El estudio de su hermana era un festival de desorden: los libros se acumulaban por todas partes y las paredes desaparecían bajo una capa de dibujos, bocetos y apuntes en tinta china. A Lidia le encantaba pasear la vista por aquellos trozos de papel —algunos ha-

bían sido literalmente arrancados de algún bloc— en los que su hermana había dado rienda suelta a un ataque de inspiración repentina. Había ninfas y faunos, superhéroes y damas de sociedad, animales domésticos y criaturas mitológicas. También algún paisaje —aunque no era lo suyo— y bocetos de vestidos. Miró atentamente un traje de charleston —talle bajo, tirantes, una miríada de flecos plateados, un cinturón decorado con una camelia enorme— y se dijo que, solo por el placer de verla cada día, habría querido tener en el armario una pieza así.

—¿Entonces?

—Entonces ¿qué?

Cecilia resopló. Era algo que hacía desde pequeña cuando algo producía en ella una mezcla de enfado y puro desasosiego. Aquel ruido la hacía parecer un caballo, y sus hermanos se habían pasado la infancia intentando imitarla sin mucho éxito. Ahora, ya doblada la frontera de los cuarenta, aquel ruidito desagradable no parecía algo que uno quisiese emular.

—Lidia, ¿tú irías?

La aludida cerró la tapa del ordenador antes de contestar. No quería leer el correo una vez más, ya se lo sabía de memoria, y prefería perderlo de vista.

—Pues claro que sí. Pero esa no es la cuestión. Yo iría porque no soy una madre soltera histérica que se niega a dejar a su hijo con nadie ante el temor, que se yo, de que llegue una invasión alienígena...

Otro resoplido. Sí, ese era el problema. Selim. Desde que el niño llegara a su vida, hacía ahora cuatro años, no había vuelto a salir de viaje, o al menos no sin él. La propia Cecilia reconocía que había algo patológico en su obsesión por no dejar al crío ni a sol ni a sombra. Pero el

proceso de adopción del niño había sido algo tan duro, tan largo y tan terrible que vivía con un miedo irracional a que pudieran arrebatárselo. Así que llevaba cuarenta y siete meses sin pasar una noche separada de él. Durante los primeros tiempos había dicho adiós a los viajes de trabajo, a las ferias del libro ilustrado, a las conferencias. Luego había empezado a llevar a Selim con ella, aunque la mayoría de sus anfitriones torcían el morro cuando la veían llegar con aquel hombrecillo de piel oscura, sonrisa rutilante y enormes ojos negros. Luego llegaban las preguntas y las respuestas pautadas: sí, es mío, no, no es indio, es nepalí, no, no tiene padre, lo he adoptado yo sola, sí, me arreglo estupendamente, gracias. Si se sentía con ganas, explicaba además la odisea de los trámites de adopción. Cómo, después de un primer viaje de toma de contacto y al que debería haber sucedido otro para rematar la adopción plena, un conflicto político incomprensible bloqueó la salida de huérfanos del país, y había pasado once meses delirantes sin noticias del que ya consideraba su hijo. No, a nadie podía extrañarle que se negase a dejarlo solo. Ya había estado a punto de perderlo una vez, y no quería proporcionar al destino ni un pequeño margen de maniobra. Con paciencia y una dosis sobrehumana de tacto, su hermana y sus amigos le explicaron mil veces que las cosas más horribles que le pueden pasar a un niño también suceden en presencia de su madre, pero era inútil. Cecilia estaba decidida a no quitar ojo a su pequeña joya oriental.

Lidia volvió a abrir el ordenador y fingió leer otra vez el correo, como si esperase encontrar en aquellas líneas alguna fórmula mágica para seguir empujando a su hermana en la dirección correcta.

—Ce, quizá sea el momento.

—El momento ¿de qué?

—De que te conviertas en una mujer normal. Hace años lo eras.

—Hace años no había estado a punto de volverme loca cuando un funcionario nepalí decidió que mi hijo no era oficialmente mío. —Suspiró, y esta vez lo hizo como todo el mundo, sin emitir aquel conato de relincho tan poco adecuado—. Pero tienes razón, debería replantearme algunas cosas.

Cecilia no le dijo a su hermana que llevaba algún tiempo reconociendo ante sí misma que su obsesión por no perder de vista a Selim empezaba a resultarle ridícula, pero no sabía cómo bajarse de aquel caballo en el que se había subido. Había empleado tantos argumentos más o menos sólidos para defender ante otros la pulsión por vigilar a su hijo que ahora no sabía cómo renegar de ellos sin admitir que, en efecto, había estado comportándose como una perfecta chiflada. Claro que tenía ganas de pasar un fin de semana con sus amigos de la universidad. Claro que sabía que al niño no iba a pasarle nada por quedarse tres días con sus tíos...

—¿Te encargarías de Selim?

—Pues claro. Estaré encantada. Y sus primos también. No entienden por qué ellos se quedan en tu casa cuando su padre y yo nos vamos por ahí y tu hijo no puede dormir en la nuestra. Lo pasarán en grande. Y tú también.

Esta vez, Cecilia meneó la cabeza. A pesar de que el plan era apetecible, empezaban a surgir las primeras sombras.

—No estoy segura..., quiero decir, hace tanto tiempo que no nos vemos... Estas reuniones siempre tienen un punto arriesgado.

—¿Quién va a ir?

—Jorge ha invitado a todos, pero no sé quiénes han dicho que sí. —Pareció pensar unos segundos—. Caray, hace un siglo desde la última vez.

—¿Cuándo fue?

—En la boda de Valva y Étienne. Hace casi doce años. Cómo pasa el tiempo. Es terrible.

Pero a Lidia no se lo parecía. Para ella, el transcurso de los años era algo bastante menos agresivo que para el resto de los mortales. Cecilia estaba segura de que no le importaba envejecer porque no aparentaba en absoluto la edad que tenía. Cuando contaban que solo se llevaban un año, la gente —con una palmaria falta de tacto— empezaba a hacer aspavientos. Sí, Lidia —y sobre todo la piel de Lidia, apabullantemente libre de arrugas— había firmado el consabido pacto con el diablo al que todos aludían cuando se negaban a creer que tuviese más de treinta. Ella estaba a punto de cumplir cuarenta y cinco, así que administrativamente era una mujer madura.

—¿Sabes cómo les va?

—Sí, bueno, no es que hayamos roto el contacto... Jorge me llama una vez al mes. Con Lourdes comí hace poco, cuando vino de Barcelona por algo de su empresa. Valva escribe de vez en cuando y Mauro me pone un mensaje en navidades, pero apuesto a que es uno de esos que envía a toda su lista de contactos. Robe me invitó a su última inauguración, pero no fui. Selim tenía fiebre.

—Ya...

Cecilia fijó la vista en un manchurrón que tenía en el pulpejo de la mano derecha. Se lo había hecho aquella mañana y no había forma de limpiarlo. Siempre llevaba las manos sucias, y ese era uno de los motivos que la con-



vertían en una heroína entre los compañeros de guardería de Selim: una mamá con las manos llenas de manchas de tinta de todos los colores posibles... Demasiado bueno para ser verdad. Más de una vez había sorprendido al niño inspeccionando sin disimulo aquellas manos suyas para descubrir una nueva constelación de suciedad en un color más original, un churrete verde agua, un lamparón violeta, una mota naranja encendido. La madre de Selim hacía unos dibujos alucinantes y llevaba las manos más guarras que cualquiera de los compañeros de clase de su hijo. Sí, Selim tenía muchísima suerte.

En cuanto a ella, los últimos cuatro años había vivido volcada en el niño. Su vida social era casi inexistente, excepción hecha de las relaciones forzadas con los padres del colegio. De todas formas, no había cuajado mucho en aquel grupo: en un colectivo lleno de parejas consolidadas, las mujeres no suelen recibir con vítores y hurras la llegada de una cuarentona solitaria y medianamente atractiva que puede ser un peligro en potencia. A Cecilia le hacía bastante gracia la desconfianza que le demostraban las autodenominadas *mamis del cole*. El caso es que en el grupo de primaria de Selim no había más madres solteras, y la única nota no convencional la ponía un matrimonio gay con el que Cecilia había trabado amistad por pura desesperación: no es que le interesase ampliar su círculo, pero Selim necesitaba algún amiguito con quien salir a comer un domingo o al que invitar a una fiesta de pijamas. Y eso era todo. Había renunciado a las salidas nocturnas, a las escapadas con amigas, a los viajes culturales, a los estrenos de cine, a las citas románticas y hasta a su vida sexual. Tenía un feo coche familiar en lugar del Volkswagen escarabajo que siempre quiso comprarse, ha-

bía dejado el centro para poder vivir en una urbanización con jardín. Se había hecho experta en cocinar papillas, medir la fiebre con una mano, poner voces para leer cuentos y hacer sombras chinescas. Su casa estaba en perpetuo desorden, algunas de sus prendas tenían cercos de vómito indelebles y sus zapatos más caros unas diminutas gotitas de sangre de nariz infantil, comía judías, zanahoria hervida y brécol para dar ejemplo y sus conversaciones eran bastante menos interesantes.

Nunca, en toda su vida, había sido tan feliz.

Pero Selim había cumplido siete años y, de pronto, parecía necesitarla un poco menos, igual que ya no demandaba una luz encendida cada noche, antes de irse a la cama, para espantar las pesadillas. Pronto tendría secretos para ella, se encerraría en su habitación, le prohibiría revolver en sus cajones. Se haría mayor, pensó, y sintió ese algo parecido al pánico que habían notado antes que ella todos los padres del mundo: sí, hay un momento en el que debes aceptar que tu hijo está creciendo más rápido de lo que deseabas y que llegará el día en que se convierta en una persona independiente. Quizá por eso sea bueno ir soltando amarras poco a poco, pensó. Para que la hora de cortar el nudo definitivamente no te coja por sorpresa.

—Ceci..., no le des más vueltas. Dile a Jorge que irás. Se pondrá muy contento, y los otros también.

—Si es que tampoco sé qué tal se lo tomaría Selim..., no está acostumbrado a estar sin mí, y a lo mejor monta un drama cuando sepa que me marchó...

Justo en ese momento el niño entró en el estudio para reclamar la merienda, y Lidia decidió aprovechar la ocasión.